

# LA SAGA DE UN PROGRESISTA ESPAÑOL

El nombre del político **Mendizábal** provoca inmediatamente, como un reflejo condicionado, la palabra «desamortización». Pero ¿qué caminos recorrió Mendizábal, en qué ocupó su largo exilio, qué relaciones mantuvo desde 1823 hasta su vuelta en 1835? Preguntas más difíciles de contestar, sobre todo porque en muchos casos se desconocen. **Peter Janke**, un joven historiador británico, ha estudiado la biografía de Mendizábal y el resultado de esta investigación, en una versión cuidada, ha sido editado en España (1).

Nacido en Cádiz en 1790, Mendizábal iba a ser testigo y protagonista directo de una serie de acontecimientos decisivos que jalonan la primera mitad del siglo XIX español; Guerra de la Independencia; Cortes de Cádiz; Restauración del Absolutismo; Pronunciamiento de Riego (1820) y Trienio Liberal; vuelta de Fernando VII y precipitada huida al exilio, pues había sido condenado a muerte por la reacción absolutista. Una vez instalado en Londres, Mendizábal divide su actividad entre los negocios y la preocupación por la política. Intereses que le llevarán a ser figura protagonista en la guerra civil portuguesa. Este período de su vida culmina con la vuelta a España como Primer Ministro de la Reina regente en 1835. Mendizábal continúa luego su actividad política como ministro de Hacienda en varios Gobiernos, como alcalde de Madrid y como animador infatigable del partido progresista hasta su muerte en 1853.

Janke da una visión de la personalidad de Mendizábal no desde un punto de vista unilateral, sino contrapunteada desde ángulos diferentes. Así la figura del político progresista se nos ofrece a través de las fuentes españolas (correspondencia y documentos privados de Mendizábal, Diario de Sesiones de las Cor-

tes, memorias de contemporáneos, prensa española, etcétera) y, además, a través de los informes que Lord Howard y Villiers —embajadores británicos en Lisboa y Madrid— y el conde de Rayneval —embajador francés en Madrid— enviaban a sus respectivos gobiernos. Otros muchos testimonios de militares, banqueros y políticos, que tuvieron estrecha relación con Mendizábal a lo largo de su agitada vida, contribuyen a perfilar sus rasgos. De esta forma, la figura de Mendizábal, aunque conserva rasgos permanentes, se muestra contradictoria y cambiante, combinando aspectos de madurez y de infantilismo, de perspicacia y de ingenuidad, de evidente tacto político en unas ocasiones y de precipitación no meditada en otras, cuando se dejaba llevar por su genio vivo.

Anglófilo, liberal progresista y monárquico, anticlerical, Mendizábal fue una personalidad controvertida en su tiempo, si bien la oposición política admiraba en él sus cualidades humanas: «Habiendo levantado tantas tormentas políticas con lo audaz de sus reformas, recogió pocos odios hacia su persona», diría su adversario Martínez de la Rosa en la ceremonia de su entierro. Hoy, el tiempo por medio, su figura aparece menos tormentosa, incluso moderada a veces, en sus propuestas y en sus decisiones políticas.

Anticlerical, pero no anticatólico;

promotor de la desamortización de los bienes del clero, sus medidas, aunque pretendían sentar las bases para la formación de una Monarquía Constitucional fuerte y para reconverter una sociedad señorial y arcaica en una sociedad moderna y capitalista más acorde con los tiempos, no produjeron, sin embargo, un cambio tan importante como parecían anunciar. Fueron, en gran parte, los mismos «señores» y propietarios los que aprovecharon estas medidas para acrecentar sus posesiones y su poder económico. Resultado que ya había previsto Flórez Estrada —un economista de Asturias, republicano y Diputado por Santander— partidario del arrendamiento de las tierras desamortizadas como paso y en favor de una reforma social más amplia y más profunda.

En cualquier caso, la situación socioeconómica y política que tuvo que afrontar Mendizábal no era fácil: una sociedad atrasada, una economía débil y una larga guerra civil (guerra carlista) agudizaban los problemas y dificultaban enormemente el camino para aplicar y llevar adelante los programas del partido progresista. Mendizábal, por tanto, tuvo que mantener un delicado juego tanto en la política interior como en las relaciones con el exterior. Inglaterra y Francia, dos potencias europeas en expansión, influían poderosamente en los asuntos políticos internos de España. Inglaterra, además, tenía fuertes intereses en obtener no sólo las ventajas del mercado de la metrópoli, sino las grandes riquezas del mercado colonial. La débil situación española hacía casi imposible obtener ayuda financiera o militar sin hipotecar los intereses nacionales con la firma de tratados comerciales ruinosos.

Mendizábal vivió siempre en un eterno juego de alternancias: como financiero ganó y perdió grandes sumas; como político vio acercarse y alejarse sus sueños de establecer una Monarquía Constitucional fuerte como medio para modernizar la sociedad española —incluso soñó con la unión de Portugal y España bajo los auspicios de Dom Pedro en calidad de rey de la nueva potencia, pero cuya viabilidad se deshizo con la muerte del Regente de Portugal—. Exiliado por segunda vez en 1844 —esta vez en París—, volvió a España en 1846, acogiéndose a la amnistía concedida con motivo de



(1) **Peter Janke**: «Mendizábal y la Instauración de la Monarquía Constitucional en España (1790-1853)». Siglo XXI de España Editores. Madrid, 1974. 396 páginas.

los esposales de la reina. Vivió en Madrid hasta su muerte, siempre firme en su postura política: «Hoy, tan liberal como ayer; mañana, tan liberal como hoy; menos, jamás», según frase de la carta que dirigió a la nación en 1851. ■ JOSEFINA PASCUAL.

## A VUELTAS CON LOS FISIOCRATAS

Desde que W. Leontief elaboró la tabla input-output, el **Tableau Economique** de François Quesnay volvió, en alguna medida, a estar de actualidad. Muestra del interés que suscita es el difundido libro (**La fisiocracia**), de R. L. Meek, profesor de la Universidad de Glasgow, que ahora Ediciones Ariel (1975, 269 págs.), pone al alcance del público de habla castellana en una traducción que dista de ser correcta. La edición original inglesa (Londres, 1962) incluía una antología de textos de Quesnay que ha sido suprimida en la edición española. Por otra parte, Quesnay ha sido recientemente publicado en nuestro país en una cuidada edición a cargo de Valentín Andrés Álvarez («**Le Tableau Economique**» y otros estudios económicos. Madrid. Ediciones de la Revista de Trabajo (1974), 378 págs.) (1).

El libro de Meek consta de una introducción y cinco artículos, cuatro de ellos publicados en diferentes revistas especializadas entre 1951 y 1960, aunque hayan sido corregidos al editarlos en volumen. En la introducción se presenta la obra de Quesnay y Mirabeau, insistiendo en cómo para el fundador de la fisiocracia, la base del orden social radica en el orden económico, para exponer después la preeminencia dada por la fisiocracia a la agricultura, el concepto del producto neto, algunas consideraciones sobre la situación de la agricultura francesa en la época en que escribía Quesnay, los principios de la escuela fisiocrática y su auge y decadencia.

El capítulo siguiente, versión corregida y ampliada de un artículo publicado en 1960, se ocupa de los pro-

blemas planteados por el **Tableau**. En primer lugar, de los problemas eruditos a que dan lugar las sucesivas ediciones y sus variantes, tema al que Meek dedicó una obra posterior en colaboración con Marguerite Kuczynski (**Quesnay's Tableau Economique**. Londres. Royal Economic Society. 1972). Después el autor entra de lleno en una amplia y a veces farragosa explicación (págs. 58-87) del **Tableau** para considerar después los cuatro paralelismos principales establecidos entre la obra fundamental de Quesnay y algunos métodos modernos de análisis: el sistema de equilibrio general de L. Walras, el enfoque keynesiano de equilibrio de los agregados económicos, los modernos métodos de análisis dinámico y el ya citado sistema input-output de Leontief.

El capítulo tercero (1959) se ocupa del beneficio, concepto capital en el sistema fisiocrático, centrándose en los pasajes de Quesnay que autorizan a admitir que el autor del **Tableau** consideraba el beneficio del empresario agrícola incluido «en los retornos anuales al granjero junto a sus costes ordinarios de cultivo» (p. 98). Especialmente en la **Filosofía rural**, Quesnay «reconoció la existencia de los beneficios empresariales, tanto en la agricultura como en la industria, pero los reconcilió con su doctrina de que la renta de la tierra era la única renta con naturaleza de excedente...» (p. 110). Sus seguido-

res profundizaron en diversos conceptos económicos; así, Beaudeau reconoció la importancia de la división entre empresarios y asalariados, tanto en la agricultura como en la manufactura, al mismo tiempo que abogaba por «la aplicación de capital y métodos capitalistas a la agricultura» (p. 115). Turgot irá más lejos al enunciar los posibles empleos de capital, llegando a poner en tela de juicio la pretendida esterilidad fisiocrática de la manufactura. Du Pont de Nemours llegaría a escribir en 1805: «El incremento de capital es el principal medio de incremento del trabajo y la mayor preocupación de la sociedad» (cit. p. 117). Como señala Meek, «con Turgot, la fisiocracia empieza a hacer aguas...» (p. 120).

El capítulo cuarto, cuya primera versión data de 1951, expone las doctrinas fisiócratas sobre el consumo para examinar después las teorías subconsumistas de Spence, Sismondi, Malthus, Chalmers, etc.

En el capítulo quinto (1951), Meek pone de relieve las finidades y diferencias entre los fisiócratas y Adam Smith y sus seguidores. Ambas escuelas «trabajan en una estructura de objetivos y conceptos similar en términos generales» (p. 180). Las diferencias radican en la consideración de la forma que adopta el excedente social; mientras para los fisiócratas la única forma del excedente social es el producto neto, para Adam Smith es la renta y el beneficio.

El trabajo final, «Interpretación de la fisiocracia», se propone «aportar luz sobre la **validez**» (p. 210) de tal doctrina, renunciando, por insuficiente, a la mera descripción y comparación —método habitual, según el autor, entre los historiadores del pensamiento económico—, entre las doctrinas contemporáneas y las fisiocráticas. Aunque para Meek el problema de la validez de una doctrina «sólo puede ser relevante en el caso de **algún método particular de análisis**», reconoce una base común de los diferentes estadios de la ciencia económica: «el sistema de cambios de mercado» (p. 213). Partiendo de tales premisas centra la cuestión en torno a si la doctrina fisiocrática significó o no un progreso en el análisis económico. Según Meek los fisiócratas avanzaron respecto a la «teoría de los precios», no respecto a la «teoría del valor». Ela-

(1) Véase esta misma sección de TIEMPO DE HISTORIA, número 10.